

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

BIBLIOGRAFÍA CATALANA.

VÍCTOR BALAGUER. — *Trajedias*. — Un tomo de 248 págs. en 4.º menor.

Esa literatura catalana, que tan brillante prueba de vida ha dado en el certámen histórico-literario de la ciudad del Turia; que tan poética organizacion ha tomado en las últimas reuniones de Provenza; acaba de enriquecerse con la publicacion de la obra cuyo título encabeza estas líneas. Diremos por vía de noticia cuatro palabras, para dar una idea general del libro. Víctor Balaguer, el ciudadano catalan que tanto bien ha hecho á la literatura de su país desde las esferas oficiales, sigue cultivándola con ardor y juvenil entusiasmo. Prueba de ello es esta su nueva publicacion: *Trajedias*. — Edicion elzeviriana. — Barcelona; imprenta de la *Renaixensa*; 1876. — No comprendemos la razon del título, pues en realidad las ocho composiciones que, con la traduccion castellana, componen el tomo, apénas si tienen todas juntas las dimensiones que requieren *dos* tragedias del género clásico. Llamariamoslas nosotros tal vez *Quadros trájichs*, por el asunto, estilo y formas dramáticas. *La mort d' Anibal*; *Safo*; *Coriolá*; *La sombra de Cèssar*; *La festa de Tibúlus*; *La mort de Neron*; *L' última hora*

Año II.—Tomo III.—N.º 9.—15 Noviembre 1876. 41

de Colon; La tragedia de Livia: éstos son los títulos de las composiciones. Nadie había intentado aún presentar en la escena catalana á los héroes y personajes de la gentilidad; Víctor Balaguer es el primero que ha escrito en catalan poesía dramática según el estilo de Alfieri. Es una innovación. Hay que considerar el fondo moral, el fondo literario y la forma.—Aníbal se suicida, Safo se suicida, Neron se suicida... Nos disgusta ese prurito de presentar suicidios en la escena, ó en los libros. Se dirá: el poeta pinta, refiere; no aprueba, ni desaprueba. Estamos conformes, pero este no aprobar ni desaprobar nos lleva á un terreno contrario á la moral y á los nobles fines del arte. El arte no es para el arte. No se ha de pintar y describir exclusivamente para pintar y describir, con más ó ménos propiedad y viveza; sino para algo más elevado y racional. El arte es para la filosofía. El artista ha de ser el compañero del moralista y del filósofo. Si el arte quiere ser independiente y absoluto, *ipso facto* se trastorna la jerarquía natural de los conocimientos humanos. Decimos esto, aún no precisamente por *La mort d' Aníbal* y *La mort de Neron*, no; sino por *Safo* y *La festa de Tibúlus* especialmente. Ciertos versos que pronuncia *Safo* ofenden el sentido moral: y no pocos de *La festa de Tibúlus* se les parecen. No hablamos á lo mogigato; véanse las págs. 43 al fin y 44 al principio, 118 y 119, y la atrevida canción á Lydia, pág. 125. ¡Antes que ver nuestra lengua romance, nuestra sencilla lengua catalana deslizarse de tal manera, preferiríamos matarla! No se diga que *La festa de Tibúlus*, pintura de la horrible depravacion de costumbres de la Roma pagana, exigía esas canciones y cuadros desnudos; porque eso es el realismo bastardo, de que tanto adolece la literatura general contemporánea. Si para poder expresar una idea hay que ofender la moral, debemos renunciar á la idea.

Coriolá nos gusta como cuadro trágico de severas formas (*); *La última hora de Colon* como poesía lírica; *La*

(*) Véase la elegante traducción castellana del Sr. Rosselló, en el número próximo pasado del MUSEO.

tragedia de Livia como una hermosa y tierna leyenda de los tiempos caballerescos.

Hay escenas y versos en *Coriolá*, dignos de los grandes trágicos. Larcio ruega eficazmente á Coriolano que levante el campamento volsgo y el cerco de Roma; pinta la desolacion de la triste ciudad; y le declara que si no se retira, Roma sucumbe. Coriolano, gozoso y cruel, toma pié con sus palabras para clavarle el dardo del despecho y la venganza:

COR. ¿Roma es perdida si un sol pas avanso?

LAR. Roma es perdida.

COR. ¿Donchs perdida es Roma!

Cuando Volumnia entra en la tienda del ofendido patricio, es notable el diálogo por su concision y destreza:

COR. ¡Oh! Mare! mare mía!...

VOL. Ans d' abressarte

Necessito saber si es Romá ó Volsgo

Qui los brassos m' extén; si só sa mare

Ó no mes que sa esclava.

COR. Ton fill sempre

Sempre ton fill.

VOL. Mon fill se deya Marcius,

Y era Romá.

COR. Só de ta sanch y ab ella

De la mes noble y pura que té Roma.

VOL. Ni ets mon fill ni ets Romá. May en sa vida

Las matronas romanas infantaren

Enemichs de la patria.

COR. (*Ab gran sorpresa.*) ¡Mare meva!

En la *Trajedia de Livia* la escena final es notable por su rapidez y efecto escénico. En esta misma tragedia hay escenas entusiastas y tiernas, pues delicado y tierno es el asunto, *la conversion á la Fe por el amor*. Léanse los siguientes versos que pronuncian Otman y Monissa:

OTM.

Jo no crech en ton Deu. De nostra vida

Está lo fat escrit. Alá ho decreta,

Y pe 'l mon roda l' home sens arbitri.

¡Deu es gran y Mahoma son profeta!
 MON. Jo sí que hi crech, y ma creensa es santa.
 Jo crech en Deu, Senyor de cel y terra,
 Tot poderós y etern; crech en Deu Pare,
 Font de virtuts, spill de sants exemples,
 Sol trelucent de veritats eternas!
 ¡Oh! sí, jo crech en Deu, lo Pare nostre
 Qu' es tot amor, tot llum y tot dolsura.
 Que al mon ne dona vida,
 Cants als aucells y parla á la criatura,
 Que á sos peus té l' humanitat rendida;
 Qu' es lo Senyor dels llamps, que tot ho alenta,
 Que castiga als dolents y als bons corona,
 Que la terra vesteix y 'ls rius argenta,
 Y té en la mar las onas enfrenadas,
 Y llum als estels dona,
 Y encén lo sol al raig de sas miradas.

OTM. ¡Sultana de mon cor!

MON. No só sultana.

(*Senyalant á dreta y esquerra.*)

Allí 'ls teus... y allá 'ls meus, tras de la serra.

Mos llars allí m' esperan y ma terra.

Los versos, como se ve, son armoniosos y bien cortados. ¡Lástima grande que ese córte no sea siempre catalan de pura raza! Se conoce en él la influencia castellana, de la cual no aciertan á libertarse el Sr. Balaguer y los catalanistas de su escuela. Entre otros ejemplos de castellanismos, ahí van algunos, que afean el lenguaje, lo empobrecen y marchitan:

Es impossible
 Pensar en resistir que ja Flaminius
 Té *cercat* lo palau.

(*La mort d' Anibal.*)

Este castellanismo, innecesario, puesto que hay tantas palabras catalanas que expresan la misma idea, está repetido infinitas veces en el tomo.

Y l' herba allá en lo fons *folada* encara

(*Safo.*)

Ese *folada* (*foulée*) es un galicismo, y, no obstante, está repetido.

Y en lo fondal del bosch, sota la ubaga,
Tot *cercat* de rosers, lo llit de fullas
En que passavas *l'ardorosa siesta*
Dormitejant...

(*Safo.*)

Aquí hay castellanismos y neologismos. El giro de los versos es todo castellano. Ejemplos, cogidos á vuela pluma, de iguales defectos, faltas de concordancia, y otros descuidos:

batentne palmas,
Als crits triufants de *l'assambleada* colla.

(*Coriolá.*)

Un dels caballs sagrats *uncit* al carro

(*Id.*)

un fill de Roma

Qui á sanch y á foch *la* entrá...

(*Id.*)

(*Coriolá* se deté *sobrecojit*, y entregantse á un moment de desesperació...)

(*Coriolá.*)

Este castellanismo se halla repetido tambien, no importa citar donde.

L' univers á mos peus *postrat* y atónit,
Los cels *enmudeits* devant ma gloria.

(*La sombra de César.*)

Quant los destins d' *encruelidas sanyas*

(*Id.*)

Á *escanciar* ne vindrán en nostras copas
Lo néctar dols de *reluents* topacis.

(*La festa de Tibúlus.*)

. la filla

D' Augustus lo diví, *va* desterrada.

(*Id.*)

Des que ta porta s' es *obert* per mí.

(*Id.*)

No té mes que aquella,

Ni tampoch altra *estancia*.

(*La mort de Neron.*)

Deu del art y del cant *homatje presta*

(*Id.*)

. ¿Quí posa

Una má sobre mí? Quí la *garganta*

M' estreny...

(*Id.*)

Fatigat se presenta *ante ton soli*

(*L' última hora de Colon.*)

Per protegir *ma fuga* allí restaren

(*La tragedia de Livia.*)

Sálvala, ó verge, y pren *en creix* ma vida!

(*Id.*)

.....
 Parece imposible que se haya incurrido en tales defectos de lenguaje. Aunque destituidos de autoridad, rogamos encarecidamente al ilustre *Mestre en gay saber* que los corrija; porque, perdónesenos nuestra insistencia, ¿á qué viene escribir en catalan si se ha de dar á la frase giro castellano? Como tambien, ¿á qué viene escribir en castellano si se ha de dar á la frase giro catalan?

Si la obra del Sr. Balaguer se viera libre de los defectos, que, con la mano sobre la conciencia, señalámos, sería una preciosidad literaria. Por de pronto, ya ha llamado la atencion de renombrados vates. Aguilera, Núñez de Arce, y Rétes, en Madrid; Llorente, Pizcueta, y Labayla, en Valencia, traducen al castellano ora una, ora otra de sus piezas. Consignemos que, á juicio nuestro, es una innovacion que abrirá tal vez un nuevo campo de estudios en la literatura catalana. Porque hay en ese libro bellezas de diction, imágenes y cuadros placenteros, valentía en las situaciones, tipos bien definidos, y estudio de la antigüedad.

J. TARONJÍ, PRO.

SOR LUTGARDA.

III.

Pasaron no ya semanas y meses, sino algunos años.

Elena habia realizado sus antiguos deseos de vivir en la ciudad, y por su porte, sus relaciones y sus modales parecia haber nacido en ella. Pedro, con el capital de su muger y su propio caudalejo, figuraba entre los comerciantes de segunda ó tercera fila. No habiendo tenido más que un niño que se les murió á los pocos meses, formaban una familia medianamente acomodada, y habitaban un primer piso, calle del Viento, número 15. Elena se conducia con Pedro como si le hubiese querido desde la infancia, y Pedro con Elena como si nunca hubiese amado á Margarita.

Llegaron los postreros dias de agosto de 1865. Pedro era ardiente partidario de los que sostenian que el cinturon de aguas que rodea á Mallorca, era una valla insuperable que detendria al cólera en su camino. Tenia una fe ciega en los razonamientos con que se apoyaba una teoría que de tan cruel manera desmintieron sucesivos hechos: asustábanle los estragos que se dibujaban ya en la imaginacion de los que él llamaba medrosos; pero no le asustaba ménos la paralización del comercio. No pretendia defender su bolsillo á costa de la salud pública; pero le dolia renunciar á posibles ganancias por lo que él calificaba de imaginario peligro. Así es que la terrible aparicion del huesped asiático le dejó aterrado cogiéndole desprevenido. Elena desavenida con su cuñada no quiso volver á su pueblo, y Pedro no habia adquirido aun, como tantos otros, una casita de recreo en los alrededores de Palma.

Pensaba al principio que la invasora enfermedad solamente se cebaria en los achacosos y valetudinarios, en los estragados por el vicio ó corroidos por la miseria, y se

quedó todo asustado cuando una mañana de los primeros días de setiembre su esposa le dijo que se sentía indispueta, y horriblemente consternado cuando el médico la declaró atacada. A tan pavoroso anuncio huyeron un criado y una criada, y él se quedó solo con una vieja, vecina de su casa, y con la enferma abrasada de calentura. Inmediatamente mandó aquella al convento de la Consolacion para que por Dios enviasen una hermana del Amparo al primer piso de la calle del Viento, número 15. La contestacion fué que dentro de pocos momentos iria allá Sor Lutgarda.

Un saloncito, guarnecido con sillones de brazos, precedia á un cuarto decentemente amueblado, al cual seguia una alcoba que se cerraba con puertas vidrieras, y desde ella podia verse al *Tortosino* que, sentado en un sillón, apoyaba el codo en uno de sus brazos y se cubria la frente con la palma de la mano. Sostenia con sus dientes una plumita llena de alcanfor, que en aquellos días nunca se le caia de la boca, y algunas lágrimas se deslizaban por entre sus dedos. Estaba tan abatido y ensimismado que al pasar la monja por delante de él, no hizo más que saludarla con una leve inclinacion de cabeza y señalarle la alcoba con su diestra. Sor Lutgarda se quedó parada nada más que un brevisimo instante, porque su corazon dió un terrible salto, y exclamó en sus adentros: Valedme, Jesus mio! Al acercarse á la enferma le temblaban las rodillas. Resuelta á ejercer su mision consoladora con todo esmero, empezó á hacer por ella todo lo que pudiera haber hecho la más tierna esposa por su consorte amado. No se ocupaba en el oficio de enfermera por natural agradecimiento ni por terrestre salario. Conocia el alto premio de una obra de misericordia y queria hacerse digna de alcanzarlo. Rechazando toda idea de peligro propio no pensaba más que en el ageno, y parecia despojarse de la flaqueza de la carne para infundir en ella sobrenatural aliento. Cualquiera que hubiese visto los tiernos cuidados que prodigaba á la enferma, hubiera dicho que eran dos íntimas amigas. Le arregló la cama, le compuso las sábanas y la colcha, le ahuecó la

almohada, la cogió en sus brazos, le dió á beber una pócima que el médico habia recetado, y sentada despues á la cabecera de la cama, á tiro de la ponzoñosa respiracion de la enferma, con una voz tan melodiosa como insinuante le decia: Señora, esté Vd. de buen ánimo; póngase en los brazos del que todo lo puede: tenga confianza en la bondad de Jesucristo, que es el verdadero consolador de los tristes y apenados. ¿No somos todos hijos suyos?

Volvióse despues mentalmente á un crucifijo de marfil que pendia sobre su cabeza, y sin pronunciar las palabras le decia: Oh! mi dulce Jesus, y qué de gracias debo darte por el favor que acabas de conceder á tu sierva! Ella no me ha conocido... ni él tampoco... Ni él! Ni él! Oh mísera condicion humana! Cubre, Señor, sus ojos con una venda para que mis facciones no despierten desagradables recuerdos en su imaginacion... y líbrame tambien de los mios, porque todavía manan sangre las heridas de mi pobre corazon.

Llegó la hora de tomar una ligera refaccion, y Sor Lutgarda, rígida observante de las reglas de su instituto, volvióse al convento, y encarándose con la superiora le dijo:

—Madre, madre, por la Virgen santísima concédame Vd. una gracia: dispéñseme Vd. de ciertas formalidades. He asistido á una enferma... y desearia continuar mi asistencia hasta que recobre la salud ó llegue á su último trance. Permitame Vd. que me lleve un mendrugo de pan, que tome allí un sorbo de agua, que rece allí mis oraciones, que duerma allí sobre el duro suelo.

—Pero, hija, ¿y quién es esta enferma?

—Una señora natural de mi pueblo.

—¿Alguna parienta quizás?

—Es mi hermana en Jesucristo.

—¿Seria alguna amiga?

—La única persona tal vez á quien aborrecí, á quien injurié con palabras ofensivas.

—¿Y qué le habia hecho á Vd.?

—Un daño inmenso... digo mal, porque este daño se convirtió en inmenso beneficio: porque las amargas lágri-

mas que me arrancó, fueron seguidas de un rocío de bálsamo exquisito: porque aquellas crueles espinas se trocaron en flores de suave aroma. Por causa de esta señora me salvé de los peligros y tentaciones que me rodeaban... por causa suya volé á los brazos de Jesucristo. Oh! y qué bien que estoy en ellos! A la oveja descarriada que se hallaba á pique de precipitarse en un barranco profundo, ¿qué le importa que su pastor la llamase con un silvo amoroso ó la apartase del riesgo con una ligera pedrada?

—De modo que le debe Vd...

—Si le debo! Pudiera decir que la inefable gracia de mi vocacion.

—Ahora ya no aborrece Vd. á esta persona...

—¡Si daria mi sangre y mi vida por salvar la suya!

—Tiene Vd. mi permiso.—

Apénas habia transcurrido una hora cuando la buena Hermana del Amparo se hallaba de vuelta en la casa de la enferma.

—Oh señora, le dijo la vieja, esto es horroroso. Por ahí cerca ha pasado el coche de los difuntos, y llevaba tres ó cuatro de una vez!

—¡Quién sabe si llegará a llevar doce ó quince! Hija mia, la vida es una alhaja que Dios nos ha prestado por un plazo que no conocemos, y es preciso estar siempre aparejados para devolvérsela cuando la reclame.

—Yo soy ya de mucha edad, y no importa; pero Vd. tan jóven!—

Un súbito estremecimiento recorrió los miembros de Sor Lutgarda; pero bajó sus párpados y exclamó mentalmente: Dios mio, hágase vuestra divina voluntad.

Penetró luego en la alcoba de la enferma, le habló cariñosamente, la volvió de costado, la atrajo á sí, y contemplando sus acerbos padecimientos con los ojos preñados de lágrimas se decia: No comprendo la venganza: no comprendo como puede causar satisfaccion alguna el mal ageno. ¡Y el mundo impone, aplaude ó á lo ménos excusa esta pasion de bestias feroces! Lo que puede el tentador maligno! Es cosa tan dulce devolver bien por mal, que si no lo

hiciera por Dios lo haria por egoismo. ¡Si yo pudiese aliviar los sufrimientos de esta hermana mia aunque fuese participando de ellos!

El tentador maligno parecia hablarle al oido, y sugiriéndole el recuerdo de antiguas escenas le decia: ¿Y ella se compadeció de los tuyos? Mas, Sor Lutgarda clavaba una rápida mirada en el crucifijo de marfil, y luego volviendo el rostro, como si alguien estuviera á sus espaldas, esclamaba interiormente: Vete Satanás.

Pedro permanecia sentado en el saloncito con los brazos cruzados y la frente inclinada: parecia estar hondamente preocupado y meditabundo: penetró en el cuarto inmediato, casi sumido en la obscuridad, hizo señas á la monja para que se acercase, y á media voz le dijo:

—¿Cómo sigue la enferma?

—Está muy grave.

—¿De modo que no hay esperanzas?

—Dios es poderoso.

—¡Quién habia de prevenir semejante fracaso! Yo desearia que Vd. le dijese... le insinuase... Ustedes son tan persuasivas!... Ya ve Vd. yo quedaria arruinado. Casi todo es de ella... El notario va á venir... Háblele Vd. en favor mio... La he querido tanto!

—¿La queria Vd. mucho? preguntó Sor Lutgarda con voz medio apagada y procurando disimular un movimiento involuntario.

—¿Y qué seria de mí si no hubiese sido por ella? Ustedes aman y bendicen la pobreza, pero nosotros que vivimos en medio del mundo... Dígale Vd. que se acuerde de mí, de su esposo, del padre de su hijo. Ah! si este no hubiese fallecido!

—Estas cosas no nos pertenecen. Ella me ha indicado que queria ver á su confesor, que estará aquí dentro de poco. Quizás él podrá cumplir mejor los deseos de Vd.—

Vino el médico, vino el confesor, y vino despues el notario, y mientras desempeñaba sus funciones, Sor Lutgarda sentada en un rincon del saloncito se decia: Este, este es el hombre cuya imágen tenia yo profundamente grabada en mi

corazon! Este es el hombre á quien yo creia superior á todos los demas! Este es el hombre de quien yo esperaba dias de felicidad y de contento! Triste de mí, cuan ilusa vivia! La ha querido mucho, le ha debido su fortuna, le habrá jurado cien veces un amor eterno, y ahora no está pensando más que en su propio interés! Lo que le sucede con ella le hubiera sucedido conmigo, aunque nada tendria que heredar de mí. Oh! no, no así degenera tu amor, divino esposo mio! Dichosos los que sacuden el polvo de sus piés huyendo de las falaces regiones del mundo.

Pasaron algunas horas de aquellas que parecen siglos. La cariñosa Hermana del Amparo no desmentia su título ni su profesion. Con la más profunda abnegacion cumplia hasta los más penosos ó repugnantes pormenores de su mision consoladora. Sentada á la cabecera de la cama, asediada de punzantes recuerdos y dolorosas reflexiones, atendia sin perder punto al cuidado de la enferma, como si fuese al de la predilecta hija de sus entrañas, en medio de un silencio aterrador que solo alteraban los quejidos que exhalaban sus labios y el ronquido que salia de su pecho; y de vez en cuando levantando los ojos al cielo repetia aquellas sublimes y penetrantes palabras del evangelio: Padre mio, si es posible aparta de sus labios este amargo cáliz.

Cerca de la madrugada, extenuada por el hambre y la fatiga tomó un bocado de pan, que sacó de su bolsillo, y que bien pudo llamarse pan regado de lágrimas. Poco despues salió alarmada de la alcoba y dijo: Tiene helados los piés; es preciso calentar agua, y traer algunas botellas de cristal grueso ó frascos de barro cocido. Pedro repuso: No los tenemos en casa, yo mismo voy corriendo á buscarlos.

Al volver cargado con ellos se quedó petrificado en el saloncito. Resplandecia el cuarto inmediato á la luz de cuatro bugías de esperma colocadas en sendos candeleros de cristal, y en el fondo de la alcoba se destacaban un sacerdote, un monacillo y Sor Lutgarda, arrodillada á los piés de la cama, con las palmas de las manos pegadas y las puntas de los dedos elevadas á la altura de su pecho. Pe-

dro permanecía hecho una estatua de yelo. Le administraban á la enferma los últimos sacramentos. Oh! ¡qué tristes dias aquellos en que los más augustos misterios de nuestra religion se celebraban sin pompa alguna y con la menor solemnidad posible! La muerte segaba los cuellos á centenares y escatimaba á los moribundos sus últimos consuelos. Era preciso á resignarse á morir, y ¡á morir casi como un pagano! Parecia que Dios rechazaba del seno de su misericordia á los que heria en el rigor de su justicia. Pero eran hijos suyos, y Dios no se olvida nunca de que es Padre infinitamente bueno y misericordioso.

El sol del siguiente dia hizo penetrar algunos de sus rayos por las vidrieras de la alcoba. Sor Lutgarda incorporaba á la enferma, la tenia en sus brazos para que mejorase de postura, y esta empezó á mirarla de hito en hito. Ay de mí, se dijo la pobre monja, ¡me ha conocido! y en tan amarga y peligrosa coyuntura! La enferma seguia mirándola con ojos espantados y vidriosos. Aquellos ojos de tan singular viveza y hermosura infundian ahora miedo. Su mirada laceraba el corazon. De repente con trabada lengua y truncadas sílabas exclamó: Tú... tú eres la ladrona... querias robarme el rosario de madreperla, para lucirlo vestida de señorita... Envidiosa!... Porque tu padre es un pastor que tiene cien ovejas ¿querias echar tanto rumbo?... ¿Qué me importa á mí el rey David? Tú, no tienes ni has tenido nunca un galan como el mio... ¿No es verdad Perico? Mal entrañada! Y repetia estas frases, añadiendo otras inconexas é incomprensibles. Sor Lutgarda conoció que era presa de un violento delirio; pero en su pecho se albergaban juntas la compasion y el remordimiento. Ay! se decia, que yo tambien he sido víctima de mis pasiones! ¡Cuán gravemente lastimé el corazon de esta pobre hermana mia! ¡Qué profunda mella abrieron en él mis descomedidas palabras! Señor no te acuerdes de las culpas de mi juventud: límpiame de las ocultas y perdona á tu sierva la parte que haya tenido en las ajenas.

Al delirio siguió el estertor de la agonía, y Sor Lutgarda, transformada de enfermera en sacerdote, dirigia en alta

voz á la moribunda palabras apropiadas á tan doloroso trance. Quizás no penetraban ya en los oídos de la enferma; pero penetraron en otros oídos que escuchaban desde el saloncito. Aquella voz melodiosa, aquellas suaves inflexiones no pudieron ser por más tiempo desconocidas. Al rumor de aquellos tristes acentos se disipó la nube que envolvía la memoria, se desgarró la venda que cubría los ojos.

Dadas las últimas boqueadas, Sor Lutgarda bajó de la cama el cadáver, lo tendió en el suelo, le cerró los párpados, lo envolvió del mejor modo que pudo, y viendo que no llevaba algo bendito colgó de su cuello el rosario de *llágrimas de viu*. Colocó á cada uno de sus lados una bugia encendida, y arrasados sus ojos de lágrimas se arrodilló, rezó un Padre nuestro, le besó en las mejillas y exclamó en voz baja: Dios te perdone, como yo te perdoné y vuelvo á perdonarte.

—¿Y á mí? exclamó á sus espaldas una voz medio ahogada por los gemidos.—

La monja que se creía sola sintió una dolorosa sacudida en su corazón.

—¿Y á mí? repitió aquella voz. Oh! mi buena Margarita!

—No soy Margarita, que me llamo Sor Lutgarda.

—Tú eres, tú fuiste, tú serás mi buena y cariñosa Margarita. ¿No es verdad?—

Sor Lutgarda no contestó.

—Una palabra por piedad.

—¿Crées tú que tengo el corazón de piedra?—

Pedro lloraba y ella también.

—¿Por ventura has pronunciado ya tus votos?

—Si no los hubiese pronunciado... los pronunciaría.

—¿Y para qué alejarte así del mundo?

—Para acercarme al cielo.

—¡Hermana del Amparo! ¿y me dejarías tan solo y desamparado?

—Mira, le dijo apuntando al crucifijo de marfil, aquel es el amparo de todos. Me amparó á mí y ha llenado mi vida de inefables consuelos. También eres tú hijo suyo.—

Y diciendo esto partió para su convento.

Pedro quedó sumergido en dolorosas meditaciones, quitó el rosario del cuello del cadáver, y cambiándolo con otro besó el primero y se lo guardó en el bolsillo.

Ocho días despues Sor Lutgarda yacia en el lecho del dolor, atacada del cólera, y en medio de sus atroces padecimientos de vez en cuando exclamaba: Señor! si aquella mi pobre hermana está purgando todavía el reato de sus culpas, sírvale de expiacion lo que estoy sufriendo. Tened piedad de ella... y de mí.

IV.

El recuerdo del casto amor de Margarita y el ejemplo de la sublime abnegacion de Sor Lutgarda quedaron profundamente grabados en la memoria del *Tortosino*, que se complacia á menudo en contemplar dibujadas en el fondo de su pecho, como en una cámara oscura, aquellas dos imágenes, que así se le aparecian por separado como juntas y fundidas en una sola. Porque en efecto las dos no eran más que una: no eran más que dos fases de la misma. La hermosura y el mal pagado afecto de la que habia sido el ídolo de su corazon, realzaban y engrandecian á sus ojos el generoso sacrificio de Sor Lutgarda, y las prendas morales que ésta desplegara en el espacio de un dia añadian un valor inmenso al tierno amor de Margarita. Complaciase Pedro en contemplar su pasado, y sin embargo cada una de estas contemplaciones sumergía su espíritu en un baño de inefable melancolía. Cada uno de los pormenores que en su imaginacion evocaba, le conducia al descubrimiento de nuevas perfecciones en la modesta campesina, porque la humilde Hermana del Amparo venia á ser la piedra de toque, por cuyo medio pudo reconocer los quilates de la preciosa joya que por su culpa habia perdido. ¿Por qué, por qué habia cedido á la fascinacion de algunos momentos? ¿Por qué habia sucumbido ante las villanas tentaciones de la codicia?

Y no es decir que Elena le hubiese hecho desgraciado:

el continuo trato engendra el mútuo cariño, y Elena era demasiado inteligente para no comprender la importancia de este afecto, y demasiado habilidosa para no sabérselo grangear. Pedro no tuvo ántes motivos especiales de estar quejoso; pero despues consideraba que su felicidad habia sido vulgar y terrestre, y que unido á Margarita hubiera disfrutado de una felicidad ideal, parecida á la del cielo. Habia sido dueño de una muger casi opulenta, y podia haberlo sido de una muger angelical por la belleza de su rostro, y mucho más por la belleza de su alma.

Nunca habia llevado Pedro una vida licenciosa, ni tampoco tan austera y recogida que mereciese el calificativo de edificante. Vivia en el siglo sin enlodarse en su corrupcion ni elevarse más arriba al través de la atmósfera que le circuia. Procuraba que su conducta no estuviese en abierta contradiccion con las sanas doctrinas que le habia inculcado su buena madre, y cumplia sus deberes religiosos como si se atuviese á los más perentorios é indispensables. Bajo ese aspecto, pequeño fué en el exterior el cambio que en él obró la viudez. Nunca pensó en volver á casarse, porque harto sabia que una perla preciosa no se encuentra dos veces. Pero de cuando en cuando le acometia una especie de fastidio indefinible: de buen grado hubiera tomado el llanto por recreo, sentia que su corazon flotaba en el vacío, tenia miedo al bullicio de las gentes y su propia soledad le infundia no menor espanto. Para volver á su calma habitual se reconcentraba en sí mismo, quieras que nó levantaba sus ojos al cielo, y entónces era cuando más viva se le aparecia la imágen de Margarita como rodeada de una auréola resplandeciente. Entónces buscaba el rosario de *llágrimas de viu*, y lo llevaba á sus labios una y cien veces con febril entusiasmo, no tanto porque provenia de Elena, como porque habia sido de Margarita y lo habia usado Sor Lutgarda. Y como acosado por un cruel remordimiento se decia: ¡Cuántas veces habrá rezado por mí, y yo la tenia en completo olvido!

En medio de la consternacion y del azoramiento que produjo en el medroso ánimo de Pedro la repentina inva-

sion del cólera en su propio domicilio, no dejó de advertir de cuantas y cuan diversas maneras se distinguió la humilde Hermana del Amparo en el ejercicio de las más sublimes virtudes cristianas. Testigo ocular de la tranquilidad y fortaleza de su espíritu frente á frente de la plaga espantosa, que infundia el terror hasta en la médula de los huesos, de la tierna solicitud y amorosos cuidados con que asistia á la enferma, de los continuos desvelos y penosos servicios á que espontáneamente se prestara, no pudo ménos de formarse una alta idea de esas instituciones que han brotado del seno del catolicismo para gloria y consuelo de la humanidad. ¿Y cómo no habia de crecer y subir de punto esa idea al descubrir que era su Margarita la pobre monja cuya grandeza de alma tanto admiraba? ¡Y él no la habia conocido! Era Margarita la que así se desvelaba y fatigaba, y ¡precisamente por aquella que tan dolorosa y profunda herida habia abierto en su corazon!

En lo sucesivo ya no veia Pedro una hermana de la caridad, sin ver una heroina envuelta en negro y tosco ropage. Estaba íntimamente persuadido de que Sor Lutgarda poseia esta virtud en grado superior; mas no por eso la calificaba de rara excepcion, ni de brillante anomalía. Para él todas las que pertenecian á esa falange escogida, eran como los individuos de un batallon sagrado en que es un héroe hasta el más ínfimo guerrero. Porque no se atenia someramente á los hechos, sino que profundizaba hasta sus raíces, y los abarcaba en su conjunto, y comprendia el soplo divino que los habia inspirado. Esta caridad, que no reconoce indiferentes ni extrangeros, que no distingue entre amigos y enemigos, que se muestra tanto más solícita y afectuosa cuantos más motivos tendria, segun el mundo, para no serlo, que no se relaja por el cansancio ni se entibia por la costumbre, que no se arredra ante los desdenes ni las fatigas ni las humillaciones, que no espera lisonjas, ni aplausos, ni siquiera agradecimiento, que no aspira á más recompensa que una, y esta más allá de la tumba; semejante caridad no puede proceder únicamente de nuestra fragil naturaleza. Son demasiado tersas y cristalinas sus aguas

para que emanen de tan tibia fuente. Así lo comprendía Pedro, y meditando sobre lo que en su alcoba había acontecido, su fe se robustecía, y de deducción en deducción vino á formular para sí, como una especie de apotegma, que las hermanas de la caridad eran un argumento irrefragable, una prueba viviente de la divinidad de Jesucristo.

Quizás ocupado su pensamiento con estas ó análogas ideas, quizás pensando en sus intereses y negocios, hallábase Pedro una tarde sentado en un poyo de la Rambla, cerca del desmirriado surtidor, que pudiera ser reemplazado por otro de mejor gusto, cuando acertó á pasar por allí un amigo suyo que le saludó y fué á sentarse á su lado. La frondosa arboleda les formaba un pabellon de verdura, la tarde estaba hermosa y solitario el paseo.

Hemos dicho amigo y no debíamos decir más que simple conocido: porque mal podían existir íntimo trato y relaciones afectuosas entre el *Tortosino*, fiel y sumiso creyente, y el sugeto que se le acercó, materialista de siete suelas, burlon desapiadado, y decidido adversario de toda idea y sentimiento religioso. El nombre de Dios hacía aparecer en sus labios una ligera sonrisa, y bastaba pronunciar el de Jesucristo para crisparle los nervios. Infatuado con la ciencia no se le caía esta palabra de la boca, y si hubiese podido amalgamar la idea de la salvacion eterna con sus teorías, hubiera sostenido que aquella había de alcanzarse á fuerza de matemáticas, ó por medio de manipulaciones químicas. Por supuesto que para él no existía más ciencia que la de los incrédulos, ó más bien, que la incredulidad era para él la única ciencia, y si hubiese tenido que representar con cantidades positivas los conocimientos científicos de un católico, hubiera añadido sus creencias con equivalente signo negativo para reducir la equacion á cero.

Hablando hablando de cosas fútiles pasaron á otras más serias, y á propósito de no sabemos qué, Pedro exclamó:

—Esto no es admisible á los ojos de la fe.

—¿Y qué, si lo es á los ojos de la razon? Está visto que perteneces al bando oscurantista. ¿Cómo has de ver con los ojos de la fe, cuando esta lleva una venda en ellos?

—Así suelen pintarla. También los antiguos pintaban con los ojos vendados al Amor, y tú, ¿llamarás por eso oscurantistas á los enamorados?

—Déjate de esas pamplinas. La fe, tal cual la entendeis, es una antigualla que está mandada recoger.

—Hace más de seis mil años que tres y cinco hacían ocho: he aquí otra antigualla que no se ha recogido todavía.

—En otros tiempos la fe pudo servir de algo; pero ahora maldita la cosa para que sirva.

—Si entónces sirvió para algo bueno, está seguro que no ha perdido su virtud y eficacia.

—Es que ahora se le ha sobrepuesto la ciencia, que la aplastará y la ahogará entre sus brazos.

—O la fe será la que guie á la ciencia por mejores caminos. Hoy por hoy, todavía hay creyentes.

—Como si dijeras: todavía hay patria, Veremundo.

—Justo.

—¿Esperas una restauracion religiosa? Pues ya puedes aguardar sentado. Ya no hay más creyentes que algunos rehácios como tú: los rezagados de la civilizacion; pero el mundo marcha y les arrastra con su impetuoso movimiento.

—También marcha la piedra que baja rodando desde lo alto de una cumbre.

—Más pronto ó más tarde ha de brillar un sol que ilumine á toda la humanidad: de cada día se van difundiendo los destellos de su aurora: con que, saca tú las consecuencias.

—Este sol hace ya casi veinte siglos que ha amanecido.

—Este sol es la ciencia, dijo el otro con énfasis pretencioso.

—Este sol es Jesucristo, replicó Pedro con vigoroso acento.

—Mira, Pedro, aquí estamos solos, hablamos con franqueza y no son necesarios circumloquios ni precauciones oratorias. Yo no creo en él.

—No son menester ojos de lince para descubrirlo. Pero lo peor del caso es que también hay otros que no creen, y sin embargo se atreven á llamarse católicos.

—La ciencia no ve en él más que un hombre de talento, un filósofo como los demas.

—Si no fuese más que un filósofo como los demas, le sucederia lo que con los demas ha sucedido.

—¿Y es?

—Que á los diez años de su muerte ya nadie se hubiera acordado de él, y en la actualidad ya no fuera conocido más que su nombre, y eso de tal ó cual erudito.

—Pero, señor! ¿qué pruebas científicas teneis de su existencia sobrehumana, del dogma fundamental de su religion?

—Y ¿qué pruebas científicas tienes tú de la existencia de Carlo Magno, de que venció naciones, fundó un imperio, favoreció las letras, etc., etc.

—Hombre! el testimonio de la historia.

—Pues tambien tenemos el testimonio de los evangelios.

—¡Si supieras tú lo que dice la ciencia acerca de ellos!

—Ni quiero saberlo.

—Pues si no tienes más pruebas...

—Aguarda... sí... aquella, exclamó Pedro, apuntando con el dedo á dos Hermanas del Amparo, que casualmente bajaban del santo Hospital y se dirigian á la Inclusa.

—¿Aquellas dos mugeres arrebujuadas en sendos envoltorios, que en honor de la verdad, hacen muy poco favor á la modista que los ha cortado?

—Precisamente. Te paras en el vestido, y no penetras hasta el alma.

—Sí, confieso con el Petrarca, *di non esser passato oltra la gonna*.

—Si estudiases los caractéres de estas almas! Si comprendieras su grandeza!

—Por más que me devanara los sesos no veria más que dos pobres mugeres en quienes está más ó ménos desarrollado el instinto de la filantropía.

—¿Tambien te pagas tú, como los poetas, de palabras eufónicas ó campanudas? Hubieses dicho caridad.

—Llámele Vd. hache. Filantropía ó caridad, tanto monta.

—¿Te parece que tanto monta un duro de buena ley como cinco pesetas falsas?

—Cuestion de nombre. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que discutíamos?

—Algo tiene que ver. Estas mugeres, como todos los que se dedican exclusivamente á la práctica de las más altas virtudes cristianas, presentan un tipo de perfeccion humana tan simpático y hermoso, que cualquiera de buena fe se llena de asombro al contemplarlo.

—Exageraciones místicas. Pero adelante.

—Es evidente que ese tipo casi ideal no se hubiera realizado nunca, sin una viva fe en la verdad del dogma fundamental del cristianismo. Ahora bien, si este dogma fuese debido á una audaz impostura, si esta fe no fuese más que una grosera ilusion del entendimiento, ¿cómo tan malos árboles han podido producir tan excelentes frutos? ¿cómo tanta belleza moral ha podido traer su origen de un hecho que seria á todas luces punible?

—Metafísico estás, Pedro. ¿Es que tambien ayunas?

—Cuando lo manda la Iglesia. Y suponiendo que fuesen falsas nuestras creencias, estas mugeres, que á tan alto concepto son acreedoras, ¿qué vendrian á ser en resumidas cuentas? Unas fanáticas, unas supersticiosas, unas visionarias, unas mentecatas, á quienes más les valiera haberse hecho queridas de un banquero, por no decir cosa peor. ¿No produce el mayor desbarajuste en tus negras teorías, pensar que estas mugeres angelicales, hubiesen de ser por tontas y alucinadas, objeto de desdeñosa sonrisa ó de lástima no ménos insultante? ¿No te horripila, no confunde tu razon, no destruye todas tus nociones acerca de la justicia, pensar que llegada la hora de su muerte, hubiesen de morir como un perro y encontrarse con las manos vacías?

—Este es el destino comun, y de él participan los bienhechores de la humanidad. Estas cuestiones no se resuelven por el sentimiento sino por la ciencia.

—¿Cuál? ¿La que tiende á embrutecer al hombre, y trabaja y suda para pervertir y corromper las sociedades?

—Atiza! Pedro. Alguna vívora te ha picado hoy en la lengua.

—Escucha. Da tréguas á tu fanatismo antireligioso,

olvidate por un momento de tus malhadadas teorías, sé juez imparcial y sereno, y respóndeme con lisura. Tú no crees en la inmortalidad del alma; pero admítela como hipótesis en un corto número de individuos de la especie humana, en una sola clase social reducida. Supon que por ley general, al morir el hombre su alma se aniquila.

—Así lo creo, dado que tal alma exista.

—No me interrumpas. Supon que todas las almas han de aniquilarse ménos las de aquellos que pertenezcan á una clase determinada, y que éstas por ley excepcional han de sobrevivir y gozar de la bienaventuranza eterna, tal como los católicos la comprendemos. Supon además que eres tú quien ha de elegir y determinar esta clase. Pues bien, ¿á cuál otorgarias este privilegio? ¿A quiénes darías el reino de los cielos? ¿A los reyes, á los magnates y poderosos de la tierra, á los grandes guerreros, á los grandes políticos, á los autores de libros, á los inventores de máquinas, ó á las monjas de la caridad?

—Bah! Bah! Sea para ellas, y para vosotros, el reino de los cielos, con tal que nosotros poseamos los reinos de la tierra. Amigo mio! yo soy positivista.—

Y así diciendo se marchó.

Con tu pan te lo comas, dijo Pedro. Y se quedó como aturdido y molestado por una excitacion nerviosa. Nunca se le habian ocurrido tantas ideas, y con ellas se mezclaban y confundian sus recuerdos y sentimientos. Daba gracias á Dios de no haberse contaminado con las perniciosas máximas de los sofistas, y lo atribuía al amor de Margarita y á las oraciones de Sor Lutgarda. Estas dos mugeres se fundian en una sola, ó ya se separaban y le parecia verlas sentadas una á cada lado suyo. Así permaneció como sumergido en un éxtasis delicioso bañado de suave melancolía.

En esto se le acercó un viejecito que le saludó con la frase acostumbrada: ¿Qué hay de nuevo?

—No sé nada, repuso Pedro, y Vd.?

—He oido decir que acaba de fallecer Sor Lutgarda.

—¿Sor Lutgarda? Dios del cielo! ¿Y qué ha sido esto?

—Como no curó bien del cólera ha arrastrado una vida

lánguida y enfermiza, casi siempre postrada en cama... padecía mucho; pero siempre tan resignada y tranquila! Dicen que su muerte ha sido tan edificante.

—Eterno Dios! ¡Cinco años de padecimientos! ¿Y qué sería de tu soberana justicia, si tantos méritos y sacrificios hubiesen de quedar sin recompensa? Oh! Margarita! Margarita!—

Y conociendo que no podría contener sus lágrimas, se despidió del viejecito, para no dar en espectáculo su profundo sentimiento, y se entró en una cercana iglesia donde explayó su acongojado pecho con el llanto que brotaba de sus lagrimales en raudal impetuoso.

TOMÁS AGUILÓ.

Puigpuñent octubre de 1876.

SILVIO PELLICO.

DEVERS DELS HOMENS.

PARLAMENT Á UN JOVENSA.

(VERSIÓ CATALANA.)

(Continuació.)

XIV.

DELS ESTUDIS.

Tan aviat com podrás, tens el sagrat dever de conrar ton enginy. Axó t' avesará millor á honrar á Deu, la patria, 'ls pares y 'ls amichs.

L' experiència ha desmentit aquell desbarat de Rousseau, de que 'l seuvatge es l' home més ditxós, y que la seua ignorancia val més que la saviesa. Tots los viatgers han trobat que 'l seuvatge era malanat; tots veym que si l' ignorant pot esser bo, l' home sabut pot esserho també, y ha d' esserho ab més perfecció.

La saviesa no més pot esser dolenta quant s' aplega ab l' ergull. En dia que la modestia l' acompanya, encamina l' esperit á amar més altament l' humanitat.

Tot quant aprengues, malavetja á aprendelho ab tanta profunditat com pugues. Lo que s' apren demunt, demunt, produeix casi sempre homens tal-y-quins y presumits, que coneguent que no valen res, duen curolla d' aplegarse ab noninguns semblants á ells, per anar cridant pel mon

qu'ells son grans homens, y que 'ls vertaders grans son ben petits. D'aquí prevenen tantes querelles entre 'ls pedants contra 'ls vers sabis, y dels vans llengaruts contra 'ls bons filosos; d'aquí prevé que devegades la gent vaja fuyta de cap, escoltant aquell qui més fort crida y manco sab.

Al nostre segle no li mancan homens de gran saviesa; mes desgraciadament los que ho volen parexer son més molts. No vulgues esser d'aquests; guarda 't d'esserho, no per vanitat, sino per un sentiment de dever, per amor de la patria, per amor de l'enteniment humanal que Deu t'ha dat.

Si no pots arribar á saber molt en moltes ciencies, estudia 'n algunes de passada, just per aprendre aquelles quatre idees que ningú ha d'ignorar; pero pren ne una pel teu conte, replega en ella fortment les teues facultats, y sobre tot la voluntat, per tal de no romandre enderrit.

Bon consell de Séneca es aquest: «¿Vols que la lectura te deix' durables impressions? No passes d'alguns autors plens de sana ciencia, y nodreixte de la seua sustancia. Estar per tot, es no estar en lloch. Una vida passada en trescar mon, fa conexer molts d'hostes y pochs amichs. Talment los ne pren als lectors massa cuytosos que, sense preferir cap llibre, en trescan y recorren massa molts.»

Qualsevol sia l'estudi que més t'agradi, guarda' t d'un vici ben freqüent, qu'es de tornar tan esclussiu admirador del teu ram de ciencia, que vajes á menysprear totes aquelles de que no 'n sies afectat.

Los trivials endenys d'alguns poetes contra la prosa, los d'alguns prosistes contra la poesia, dels naturalistes contra 'ls metafísichs, dels matemátichs contra 'ls qui no ho son, y vice-versa, no son més que ninades. Tota ciencia, tota art, tota manera de trobar y fer sentir lo ver y lo bell, tenen dret á l'homenatge de la societat, y sobre tot del home sabut.

Mentida es que les ciencies exactes y la poesia se rebutjen. Buffon va esser gran naturalista, y son estil resplandeix animat d'un meravellós ardor poétich. Mascheroni era bon poeta y bon matemátich també.

Conrant la poesia y les altres belles arts, guarda 't de no llevar á ton enteniment la facultat d' aplicarse fredament á cálcols ó á lógicas meditacions. Si l' águila digués: «Avesada á volar, no puch esmentar res sino volant,» feria riure. Bellament pot esmentar moltes de coses, ab ses ales ben plegades.

Altrement, si 'ls estudis d' observació te demanan sanch freda, no t' avenes á creure que sia perfet l' home quant ha apagada tota la llum de la fantasía, y ha mort tot sentiment poétich. Aquest sentiment, ab pes y mesura, en lloch d' esmortir la rahó, moltes vegades la reforsa.

En los estudis, axí com en política, no 't fies dels partits ni dels seus sistemes. Los has d' estudiar á n' aquests per conexas, compararlos y judicarlos; no per ferten esclau. ¿De qué valguéren les discordies entre 'ls alabadors y 'ls detractors d' Aristótil, de Platon y d' altres filosofos, ó les que hi va haver entre 'ls qui alabavan y 'ls qui deyen mal del Ariosto y del Tasso? Aquests grans mestres, are alabats, suare malmenats, romanguéren tals com foren, ni tant com déus, ni tant poch com esperits de mitjes talles; d' aquells qui s' afanyaren per pesarlos en falses balances, ningú 'n va fer cas; y el mon qu' havian axordat, res de bo aprengué.

En qualsevol estudi que fasses, cerca unir un juy tranquil ab l' agudesia, la paciència del análsis á la forsa de la síntesis; y sobre tot, que no 't fassen por los obstacles, ni 't fassen les victories superbiós; vol dir, que t' instruescas conforme 't permet Deu, ab valor, mes sense bravetjar.

XV.

DE PRENDRE ESTAT.

La elecció d' un estat es cosa de gran importancia. Deyen los nostres pares que per ferla acertadament, era cosa d' invocar l' inspiració de Deu. No som de parer que vuy en dia 's puga dir lo contrari. Pensahi bé, ab religiosa y

séria atenció, en lo que t' ha de pervenir entre 'ls homens, y prega.

En dia qu' hajes sentida dins ton cor la veu divina que 't dirá, no solament un dia, sino setmanes, mesos sencers, y com més anirá ab més persuassió: «Veus aquí l' estat qu' has de prendre!» l' has d' obeir ab ferma y resolta voluntat. Entra en aquella carrera, y ¡ala envant! mes adquirint tota quanta virtut s' haja mester.

Ab aquestes virtuts, qualsevol estat es bo per aquell qui 'l pren. El sacerdocí, qu' espanta á un que 'l prenga per vet' aquí, y ab un cor afectat de divertiments, es l' honor y la delicia del home piadós y recullit: la vida metexa de fratre, que molts la miran tan mala de sofrir, y la escarnexen altres, es l' honor y la delicia del filosof religiós que no 's creu inútil á la societat, practicant la seua caritat en profit d' alguns altres monjos, y de qualque pobre conrador. La toga, que molts la duen com una càrrega fexuga, per amor de la pacient cura qu' exigeix, es lleugera per un qu' estiga dominat del zel de defensar, ab lo que sab, los drets dels seus semblants. La noble carrera de les armes es molt agradable per aquell qui flameja de coratge, y sent que no hi ha res més glorios que l' exposar sa vida per la patria.

Cosa admirable! Qualsevol estat, desde 'l més elevat fins al d' un pobre menestral, tots tenen sa dolcesa y una verdadera dignitat. Basta 'l voler nodrir aquelles virtuts que á cada estat pertanyen.

Y per tal que son pochi aquells qui les nodrexen, s' en senten tants que diuen mal de la carrera qu' han triada.

Tu, quant ab prudencia haurás presa una carrera, no sies com aquests quexosos perdurables. No 't dexes possehir d' un va penediment, ni del afany de mudar. En aquest mon no hi ha petja sense espines. Desde haurás emprés per un vent ó altre, camina y no t' atures: flaqueza es tornar arrera. En tot, fora en el mal, es bo perseverar. Y solament aquell qui 'n sab de perseverar en el seu ram, pot tenir esperansa d' arribar á qualque assenyalada distinció.

XVI.

DE NO DESITJAR MASSA.

Molts n' hi ha qui perseveran en la carrera qu' han presa, y li cobran bona voluntat; y axí meteix s' irritan de veure que tal ó qual professió produeix á altres més grans honors, ó major fortuna; s' enfadan perque troban que no son estimats ó remunerats abastament; s' enfadan perque tenen massa contraris, ó perque no consent tothom á estar subjecte á ells.

Enjega lluny de tu semblants inquietuts: aquell qui s' en dexa governar ha perduda la seua part de ditxa en aquest mon; se fa soberch sino ridícol, estimantse en més de lo que val; y torna injust apreciant més poch de lo que valen aquells de qui té enveja.

Es ben segur que en la societat humana, no sempre 'ls mérits son premiats ab justa proporció. Aquells qui treballan bé de tot, tenen massa modestia de vegades de no donarse á conixer, ó bé son oscurits y malmenats per ambiciosos poch entesos que van derrera passarlos devant en fortuna. Axí es el mon, y no hi ha gayre esperansa de que li mud' per are.

No hi ha res que fer, més qu' estar alegre y conformarte ab aquesta necessitat. Grava bé en ton esperit aquesta forta veritat: *Lo que importa es tenir mérit, y nó el tenir mérit premiat pels homens.* Si 'l recompensan, bé va; si no, el mérit creix, no més de conservar-lo, en que may sia premiat.

La societat no seria tan dolenta, si cadascú tengués esment á no desitjar ni ambicionar més de lo que correspon; no descuidant l' augment del seu benestar; no entregantse á la peresa ó á la malfanería, que seria l' excés contrari; sino tenguent nobles ambicions en lloch de desitjos frenétichs y envejosos; no passant més enllá de lo que 's pot, sino diguent: «Si no som arribat á n' aquell grau que 'm pensava

merexer, som aquí 'hont me trob' el meteix home, y conserv' interiorment el meteix mérit.»

A ningú li es perdonador axó d' inquietarse per obtenir la retribució de les seues obres, fora de lo que 'n pas necessitat ell ó sa familia. Fora d' axó, convé desitjar ab calma tot augment de benestar que no sia fora mida. Si sobrevé, alabat sia Deu; será un medi per endolcir la nostra vida, y per aydar á altri. Si no sobrevé, alabat sia Deu; també podrém viure dignament, en que sens molts de plers; y si no podem aydar á altri, la consciencia no 'ns en ferá cárrech ningun.

Has de fer tot quant pugues de part teua, per esser útil á tothom, y per ginyar als altres á que ho sien també; després dexa anar la cosa axí com don. Que 't fassen suspirar de tant en quant les injusticies y les desditxes que veurás; mes per axó no estigues mújol; no 't dexes possehir de misantropía, y manco encare d' aquella falsa filantropía, que, á excuses del be de tothom, rebenta de set de sanch, y esguarda la destrucció con un admirable edifici; axí com Satanás contempla la mort.

Aquell qu' avorreix les reformes possibles dels abusos socials es un dolent ó un orat; mes aquell altre qui per amor de les reformes torna cruel, també es dolent ó orat, encare més que no 'l primer.

Sense pau d' esperit, molts de judicis humans son falsos ó dolents. Sols la pau d' esperit te confortará en los sufriments, te ferá fort y perseverant en los teus actes, just, indulgent y amable ab tothom.

XVII.

PENEDIMENT Y ESMENA.

Are quant t' he comenat que desterrasses de tu les frisanses, ja t' he fet present que no has de tornarte malfener, y sobre tot que sies diligent en el propósit de millorar com més va més.

Va errat aquell qui diu: «La meua educació moral ja está llesta, y los meus fets l' han refermada.» Hem d' aprendre sempre á fernos una regla per lo present y per l' esdevenidor; hem de revivar sempre la nostra virtut, produint nous actes; sempre hem de tenir presents les nostres faltes, y 'ns en hem de penedir.

Sí, penedirnos! Res tan cert com lo que diu l' Esglesia: que la nostra vida ha d' esser tota de penediment y de desitx d' esmena. Altre cosa no es el Cristianisme més qu' axó. Y 'l meteix Voltaire, en un d' aquells moments que no 'l devorava 'l furor d' escarnirlo, va escriure: «La confessió es molt bona cosa, es un fre per la culpa, inventat ja en la antiguedat més llunyana; la confessió s' usava en la celebració de tots los misteris antichs. Nosaltres no hem fet més qu' imitar y santificar aquesta sàbia usansa, tan bona com es per conduir als cors nafrats del odi fins al perdó.» (*Quest. encicl., t. III.*)

Vergonyós seria qu' axó en que convengué Voltaire y tot, no fos sentit per qualsevol que s' honre d' esser cristiá. Ascoltem la veu de la consciencia, estiguem empagahits de les accions de que 'ns acusa, confessemnos per netejarnos, y fins á l' hora de la mort acudiguem á la santa piscina. Si no feym axó ab fluxa y condormida voluntat; si les faltes que tenim presents no les condemnam tant sols de llengua; si 'l penediment va unit ab un vertader desitx d' esmena, ¡qué s' en riga qui vulga! res pot esser més profitós, ni més digne del home.

En trobar qu' has comesa una falta, esménala aviat; únich remey de satisfer la consciencia. Si l' esmena se torba, conserva l' ánima dins el mal ab un vincle con més va més fort, que la avesa á no estimarse gens. ¡Y malanat aquell home que interiorment se troba un poca cosa! ¡Malanat aquell qui fa com qui estimarse, y en son cor hi sent una podridura que no hi deuria esser! ¡Malanat el qui creu que, per aquesta podridura, no hi ha més remey que ferli 'l desentés! Ja es devallat del grau dels nobles sers; es un astre caygut, una desventura de la creació.

Si qualque jove malcriat t' acusa de fluxedat perque com

ell no perseveras en la culpa, responli, que més fort es aquell qui fa cara á n' el vici, que no aquell qui s' en dexa rossegar; responli que l' ardiment del pecador es una forsa falsa, y que, si no pert el conexement, no la conserva dins el llit de mort; responli que la forsa que tu desitjas justament es la de no fer cas de les befes, quant t' allunyas del mal camí per seguir la bona via de la virtut.

En dia qu' hajes comesa una falta, may digues mentides per negarla ó ferla més petita: lletja flaqueza es la mentida. Confessa qu' has errat; axó es tenir cor gran; y l' empagament que 't costará tal confessió te valdrá alabances dels qui son homens de be.

Si t' esdevé ofendre qualcú, has de tenir la noble humilitat de demanarli perdó; y axí com el teu prossehir mostrará que no ets covart, ningú 't motetjará de covart per rahó d' axó. Ferse fort en una ofensa, y primer que desdirse honrosament, venir á una baralla ó á perdurable enemistat, son bravetjades d' homens fers y soberchs, son infamies que debades se cercan desfressar ab lo nom brillant d' honor.

Honor no n' hi ha més que en la virtut, y no hi ha virtut sense la condició de penedirse contínuament del mal, y fer propósit d' esmenarse.

(Seguirá.)

L' ALT EN JAUME D' ARAGÓ.

Romanç premiat ab la MEDALLA D' OR que oferiren los mallorquins amadors de les glories y la llengua patries, en lo Certámen de Valencia pel VI Centenari de la mort del Rey En Jaume.

... e hach tot son cor e sa voluntat
de guerretjar ab sarrahins.

(DESCLOT.)

I.

Bella terra de Mallorca
Ja la abordan catalans;
¡Ay moresca mitja lluna,
Guarda á caure en fosquedat!

Los primers qui son en terra
S' en allunyan de la mar;
Des que als sarrahins oviran
Lo mareig los ha espasat.

Cavaller d' espasa llarga,
¡Quí ets tu, que 'l primer vas?
Pros Ramon, lo de Moncada,
¡Ben parlat, si 't diuen brau!

Mas guarda, Ramon, estira
La brida á n' el teu cavall,
Que ton rey tendrá gran pena
Si li trencas el devant.

Veus, ja surt de la galera;
Veus, ja vol corre á lluytar,
Y no té repós, y 's crema
Si 'n veu que li son devant.

Per fora de l' elm li volan
Renclins de cabells daurats;

Talment Sant Miquel archàngel
Sembla á qui 'l veu caminar.

Té 'l cos prim, grosses les cuxes
Y nirviudes té les mans;
Als guerrers de bones talles
Los guanya de més d' un pam.

Revoltat dels barons sembla
Igual qu' un boldró de blat
Com trau més amunt la espiga
Que 'l sembrat que hi ha al voltant.

¡Ay de tu, Xech de Mallorca,
Qué de cares pagarás
Aquelles dues galeres
Que menavan gent de pau!

Poch asmáres de respondre
Al missatge En Jaume Sans
«¿Quín es ell, per demanarme
Que li torn' abdues naus?»

¿No sentires lo que 't deya?
«Mon rey es fill, si no ho sabs,
D' aquell rey Pere que, á Úbeda,
Tots los teus esquebrantá.»

¡Ay lo Xech! ¿no 'l conexias?
¡Massa que 'l conexerás!
Mal te cost' la conexensa
Moltes llágrimes de sanch.

Corre, vés á Santa Ponça;
¿Galeres t' han dit que hi ha?
Dues n' hi deus, y ab doscentes
Ara ell les vé á resquitar.

Los seus avis cobejavan
Per sa corona comtal
Eixa perla de Mallorca,
Bella perla de la mar.

Ell vendrá, y 'n ferá benes
Del turbant que dus al cap,
Y 'n ferá de la Almudayna
Estables pe 'ls seus cavalls.

Si t' en vas á morería,
 Ja diràs als reys alarbs
 Que no fassen presoneres
 Tarides de catalans:

Ni que enutjen un rey jove,
 Un rey jove de vint anys,
 Que en son elm un drach hi porta,
 Y á l' escut barres de sanch.

II.

—«¡En nom de Deu, oh barons!
 Veys allà l' host sarrahina;
 En Moncada y los Templers
 Ja hi son tots y l' han ferida.

Si vos heu posat perpunt
 Y lligat la capellina,
 Si teniu llança avinent
 Y la espasa portau cincta;
 ¡Firam, cavallers! Anem
 A dirli á n' el Xech de l' Illa
 Jo qui som, qu' ell en mal punt
 Va dir que no 'm conexia.»

Com un lleó bramolant
 En mitx d' un remat se tira,
 Y astorat fuig lo pastor
 Travessant camps y garrigues,
 Y lladran los cans de lluny,
 Y á acostarse no s' arriscan,
 Mentres el lleó beu sanch
 Y s' afarta de carn viva;

Talment lo rey avançant
 Ab los guerrers qui 'l seguian,
 Desconcerta y espargeix
 L' host moresca qui fugia.

Traqueteitx de calabruix
 Eran los colps que plovian,

Llançes trepanant ausberchs,
Espases rompent llorigues.

Allá va 'l Rey d' Aragó
Tot xop de sanch sarrahina,
Escapsant testes d' alarb,
Com la falç qui sega espigues.

Son cavall desenfrehit
Polsós, fumejant corria
Lo meteix qu' un esperver
Derrera un vol de velzies.

N' Eximenis y En Pomar
Y En Nunyo Sans qui 'l seguian
Ja l' aturan fortament
Y l' estiran de la brida.

—«Tots avuy, Senyor En Rey,
Som perduts per tropellia;
¿Voleu ara, cor cuytós,
Que hi dexem açí la vida?»

—«No 'us cal que tant m' atureu,
(Despagat ell responia),
No som lleó ni leupart,
Ni tampoch orat me diuen;
Mirau, mirau los alarbs
Qui tornan; pot ser suspitan
Si 'ls cavallers d' Aragó
Al valor li han dit follia.»

Fica esperons al cavall,
Qu' altre volta s' esperita,
Y espasa alta envers de l' host,
Senyera tesa, corria.

—«¡Veus la Senyera del Rey!»
Deça y dellá, tothom crida;
Ja s' en puja, coll amunt,
Y 'ls alarbs per tot fugian.

—«¿Ahont anau, Senyor En Rey?
La victoria ja es cumplida.

—Alamany, á entrar anit
Dins la ciutat sarrahina.

—¿Qu' es lo que mirau, Senyor,
Que los ulls vos fan espines?

—Allá lluny hi veig lo Xech,
Capa blanca s' ha vestida.

—Los guerrers ne son ujats
De lluytar tot lo sant dia.

—Demá vespre haurán repos
Demunt blanes alkatifes.

—¿Ahont anau, Senyor En Rey?

—Berenguer; á les mesquites,
Perque vos demá hi canteu
Llahors á Santa María.

—Senyor, no 'us acuyteu tant.

—¿Per qué no cuytar, En Bisbe?

—Ab vos parlaré, Senyor...»

Una paraula li ha dita,

Y de sopte un crit d' esglay,
Com de pantera ferida
Que li roban sos petits,
Per valls y puigs retentia.

La ma dreta alsa lo Rey,
Dementres que li corrian
Dues llágrimes de foch
Per ses galtes colorides:

—«¡Morts tots dos!... Aquesta sanch,
Catalana ha feta l' ylla.
¡Val Deu, que 'ls hem de donar
Una revenja cumplida!»

III.

A demunt dues lliteres
Fetes de fullatje y tronchs,
Encubertades de negre,
Allargats están tots dos.

En Guillem jau demunt una,
Jau demunt l' altra En Ramon,

Ulls cluchs, estirats los braços,
Y esmortida la color.

Absoltes comença 'l Bisbe,
Amen, diuen los Barons,
Lo Sagrista, ab creu alçada,
Está dret en mitx de tots.

Del llinatge dels Moncades
Cap n' hi ha que diga un mot;
Tots miran al Rey, y estrenyen
Fortment de la espasa 'l pom.

A l' hora que 'l sol sortia
Entre núvols de colors,
Tapavan de terra 'ls cossos
Den Guillem y den Ramon.

Quant la lluna enmirallava
La mar gran ab sa claror,
Dels pinars y de les ones
Sols s' oian les ramors.

Tan bell punt trencava l' dia,
Tothom s' aplegava entorn
Del Rey, qu' ab veu tronadora
Los sermona coratjós.

Ab una má serva y venta
La senyera d' Aragó;
Ab l' altra má los ensigna
La ciutat qu' esguardan tots.

¡Com ne fa de bella vista,
Voltada de bastions,
Tota plena de palmeres,
Mesquites y miradors!

Quant lo sermó començava,
Capejavan los Barons
En senyal de que 'ls plauia
Lo que deya son Senyor.

A mitjan lloch no era encara
Y s' alsavan grans clamors,
Veus plorant als morts, mesclades
Ab sagraments de rencor.

Quant lo parlament finia,
Los cavalls pegavan bots
Sentint sons d' escuts y llançes
Y punyides d' esperó.

Los servents alsan y aplegan
Les tendes y pavellons:

—«¡Esvahim! tost á guanyarla!
Qui romanga, ¡mal traidor!»

Endevant l' host catalana
Avança com un fibló;
Al ayre van crits de guerra,
Al ayre van gonfalons.

Y l' alt En Jaume qui clama:
—«¡Sant Jordi! ¡Visca Aragó!
¡Catalans meus, ara es hora
De dirli á n' el Xech qui som!»

M. OBRADOR BENASSAR.

MISCELÁNEA.

LIBROS RECIBIDOS.—*Ordenanzas Generales de la Renta de Aduanas*. 2.^a edicion.—Un volúmen en 4.^o mayor prolongado; tipografía de D. Manuel Tello, de Madrid. La nota de erratas sólo contiene una, lo que demuestra el esmero de la edicion.

El tomo es de importancia, por contener las ordenanzas de Aduanas con todas las disposiciones que las han modificado; ofreciendo reunida la legislacion del ramo al comercio, á los funcionarios de la renta y á los tribunales.

Ademas de las ordenanzas, comprende treinta y cuatro apéndices relativos á asuntos íntimamente relacionados con las Aduanas, como son: la relacion de las mismas por clases, sus relaciones entre sí, la contabilidad, el reglamento del cuerpo, los de las juntas de aranceles, de valoracion, distribuciones de multas, resguardo de mar y tierra, cargamentos, despachos de géneros, de material de ferrocarriles, franquicias, envases, artículos para las exposiciones, etc., mercancías de tránsito, géneros que no pueden sufrir reduccion por avería, derechos de cuarentena y lazareto, documentos de despacho, documentos timbrados, y otras materias que tienen relacion con las Aduanas; concluyendo con el R. D. de Junio de 1852 sobre represion de los delitos de contrabando y defraudacion.

Recomendamos la obra á cuantos por sus funciones, por su industria ó comercio tienen relaciones con las aduanas, seguros de que en ese tomo, que es edicion oficial, encontrarán todas las disposiciones que necesitan tener presentes. La publicacion del volúmen es un acto de buena administracion, por el cual felicitamos á la Direccion General de Aduanas.

El Voto de los Baleares á favor de la Unidad Católica en 1876, con un apéndice de las manifestaciones del mismo en 1855 y en 1869, y del discurso del Sr. Duque de Al-

menara Alta diputado por dicha provincia, por D. José María Quadrado.—Palma; imprenta de Guasp. Un folleto de 76 páginas en foleo menor.—Lo recomendamos á los amantes de nuestra historia, de la Religion y de las letras.

La Agricultura y las Aves. Ornitología agricola de las Baleares.—Memoria leida ante la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de esta provincia por su vocal nato D. Luis Pou, catedrático de Agricultura en el Instituto Balear.—Palma; imprenta de Rotger, 1876.—Un folleto de 42 págs. en 4.º—Aplaudimos la publicacion de esta Memoria que consideramos de inmediata utilidad. El autor clasifica las aves en útiles, perjudiciales y mixtas respecto de la Agricultura; á la denominacion científica va adjunto el nombre castellano y el vulgar mallorquin.

Nociones de prosodia y sus aplicaciones al arte métrica, seguidas de varios estudios y poesias, por Bartolomé Comellas, preceptor de Latinidad y humanidades.—Palma; imprenta de Colomar, 1876.—Un folleto de 124 págs. en 4.º

* * *

Pozo artesiano mecánico.—Acaba de tener lugar en el pueblo de Igualada, un experimento que, segun aseguran personas competentes en la materia, transformará las condiciones de la agricultura española en los pequeños cultivos, reportando ventajas de suma consideracion.

Un jóven cerrajero ha aplicado cierto mecanismo de su invencion en el fondo de un pozo de 10 metros; por medio de dicho invento eleva á la superficie del suelo de tres á cuatro centilitros de agua.

Este artefacto, que puede llamarse pozo artesiano mecánico, funciona con precisa regularidad y sin interrupcion há seis meses, al impulso de una fuerza motriz de un coste bien ínfimo.

Es indudable que el experimento que nos ocupa, reportará grandes ventajas al fomento de los intereses agrícolas, puesto que está llamado á hacer desaparecer las infinitas norias que todavía existen en las provincias del Este y Mediodía de España.